



FONDO ENTERRIO
VALVERDE Y TELLEZ



QUINTA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

¿Abdicación?

No quiero relataros, ya que el hacerlo me destroza el alma, más aún de lo que me la ha hecho pedazos esta tristísima historia; no quiero relataros, digo, la llegada del conde de Flandes; la negativa de la Emperatriz á tomar alimentos de manos de nadie que no fuera Bombelles; el miedo que llegó á tener á los mexicanos; el decreto que expidió destituyéndonos á todos de los puestos que servíamos (decreto que, por de contado, Castillo se rehusó á refrendar); su traslación á Miramar; su afán de comer castañas por único alimento y su incomunicación con el resto del mundo.

Tampoco os referiré que anduve de la ceca á la meca, recorriendo muchas ciudades de Europa en busca del aborrecido Lapierre, que tal vez se dió cuenta de mi persecu-

ción y supo sacarme las vueltas con gran destreza; pero no dejaré de contar que en París me encontré con Juan Bautista, mi cuñado, que estaba mohino y afligido además, por saber que nuestros negocios iban de mal en peor y que no había esperanzas de que la comisión mexicana en Europa llegara á pagar las letras que el pobre suizo juzgaba dinero contante. A tira y tirón y después de mil carantoñas, logré sacarle cincuenta mil duros, que me han acompañado sin mengua notable durante el resto de mi vida, sirviéndome ahora sus productos para pasarla, muy distante por cierto de los esplendores que imaginaba, pero más distante aún de la negrísima y horripilante miseria que en cualquier otro caso habría sido mi inseparable compañera.

No tardé en restituirme á México portadora de aquellas malísimas nuevas. El día que subí á la capital salió una de las fúnebres y aterradoras procesiones de rogativa que por la salud de la Emperatriz organizó el Arzobispo, y que era por cierto uno de los espectáculos más imponentes que cualquiera podía imaginarse.

Mi primera providencia, luego que hube llegado á México, fué solicitar del soberano una audiencia á fin de referirle cuanto había visto. Su Majestad estaba encerrado en Chapultepec y era imposible violar la consigna que tenía un prusiano *chaparro*, doblado, de barbas alazanas, antojudo y rezongón.

— El Emperador está enfermo; no se le puede hablar, contestaba con su voz tartajosa á todo el que solicitaba permiso para ver al soberano.

Y era lo peor que cuando se le pedía explicaciones al cerbero, ladraba no sé qué horrores que el demonio entendiera: hablaba alemán, y para el caso había aprendido solamente las palabras que formaban la frase con que debía defender la puerta de entrada. Cuando me afanaba tratando de hacerme comprender por medio de señas y con el auxilio de los idiomas que conocía, llegó una señora delgadita, bajita, narigudita, orgullosota, altanerota y groserota.

— Deseo hablar al Emperador.

— El Emperador está enfermo; no se le puede hablar, contestó el guardián.



— Soy la prima de Su Majestad, gritó con la mostacilla en las narices.

— El Emperador está enfermo; no se le puede hablar.

— Soy la princesa Iturbide, gendarme estúpido.

— El Emperador está enfermo; no se le puede hablar.

Se retiró la princesa esgrimiendo, con gesto de amenaza, una sombrilla llena de crespones; yo me quedé para ver de introducir en la cabeza del doctor Basch, que así se llamaba el tudesco, la noción de que venía de Europa y que á Su Majestad le importaba verme y hablarme. De mala gana se decidió á meter mi tarjeta y volvió á poco diciéndome algo que me figuré era que podía entrar.

Me encontré á Maximiliano en un estado tal de agotamiento, de tristeza y de dolor que causaba lástima. Vestía una gran bata de dibujo persa que dejaba ver los pantalones grises, flácidos y desgobernados; el rostro lo tenía enflaquecido y con el color amarillento; los ojos estaban rodeados de una aureola cárdena que les hacía aparecer aún más grandes y más tristes; la barba y el cabello, que estaban descuidados y ajenos al primor de tiempos no distantes, ostentaban numerosos hilos de plata. Era un dolor verle.

Parece que se entretenía mirando una planta del jardín y dando órdenes á un criado que le escuchaba atento. Al verme, se dirigió á recibirme, y sin ser poderoso á do-

minarse, me echó los brazos al cuello y derramó lágrimas por un largo rato.

— Cuéntemelo usted todo, todo, sin omitir nada, por doloroso y tremendo que sea. ¡Qué desgracia, qué gran desgracia, qué inmensa desgracia!

Y se echó á llorar de nuevo, apretándome la mano convulsivamente: era una explosión de dolor como yo no la había visto nunca.

— ¿No hay esperanza, verdad? Confíeselo usted; ¡todo está perdido!...

— ¡Sire! gemí ganada por la emoción de Maximiliano; Sire, no tenéis razón de desesperaros... El caso no es mortal.

— ¡Ojalá lo fuera! exclamó él corrigiendo mi tontería.

— Sire...

— No puedo, no puedo imaginarme á la Emperatriz sin juicio y sin entendimiento: no será la Emperatriz, no será mi adorada mujer... Ella, que tenía la inteligencia más lúcida y más firme, convertida en idiota, en necia... ¡No se puede comprender semejante cosa!...

Lloró un rato más, y luego me pidió datos circunstanciados acerca de todas las manifestaciones de locura de la Emperatriz. Así que me hubo oído pacientemente, lanzó un ¡ay! que le salió de lo más hondo del pecho y me dijo con los ojos rasos de lágrimas:

— Créamelo, señora Ubiarco; si no fuera casado me metería fraile trapense...

Después, tras de pedir nuevos informes, aclaraciones y rectificaciones, me dijo espontáneamente:

— Nadie puede exigirme más de lo que he hecho; nadie puede tacharme de cobarde si abandono un puesto que no se puede sostener un día más: cuando se quema la casa, hay que salir antes que los techos nos aplasten... Todos me dejan, todos me traicionan; mi mujer está loca; me marchó en su busca y no habrá quién no apruebe mi resolución... ¡Qué aventura, qué aventura!

— ¿Los franceses se marchan, Sire?

— Sí, se marchan; que vayan benditos de Dios... y la del humo.

— Los conservadores...

— ¡Pobres *péluca*s viejas, pobres reaccionarios! Hacén poderíos porque el imperio se prolongue, pero poco van á lograr... Les huele el pescuezo á cáñamo y por eso desean que yo me quede... Pero ¿cree usted que se pueda constituir un partido de gobierno con estos farfantes que no quieren más que su propio bien? ¿Qué puede esperarse de gentes como Labastida, que al volver á su patria no tuvo memoria para recordar á las víctimas de la guerra, á los niños sin madre, á los pueblos quemados, á la agricultura, á la industria y á los giros arruinados, y que no supo preguntar más que si estaban vigorosos y dando

frutos los olivos del palacio arzobispal de Tacubaya? No, yo me embarco, yo dejo esto, yo me marchó á mi país á vivir mi vida antigua... Y todo el mundo lo conoce: Santa Anna conspira por apoderarse del gobierno; Juárez sostiene su derecho á la presidencia; Ortega compite con Juárez; los franceses quieren que Bazaine reciba el poder; los americanos solicitan intervenir en la formación de la nueva república; los moderados hablan de un triunvirato compuesto de Linares, Méndez y Lacunza... En fin, se cree que ya está abierta mi sucesión, y los cuervos empiezan á rodearme para dar principio al festín. Hay, pues, que dejar esto, hay que dar gusto á las gentes, hay que marcharse de *motu proprio* antes de que nos arrojen... Mañana salgo para Orizaba. Viajan conmigo Fischer, el ayudante Feliciano Rodríguez, Bilimeck y Basch. Usted se viene con nosotros, pues tengo que agotar la conversación acerca de las cosas que usted sabe. Quizás cuando conozca todo mi mal podrá mirarle de frente... ¿Qué dice usted?

— Que estoy á la orden de Vuestra Majestad.

El feroz Basch entró en ese instante llevando un pliego que el Emperador leyó atentamente.

— ¡Ajajá! Mis buenos amigos, los *pelucones*, están alarmados y dicen que si insisto en el viaje renuncia todo el ministerio. ¡Cómo ha de ser! Yo sólo tengo que preocuparme de la suerte de los austriacos y de los belgas, y de

no aparecer como un tramposo venido de fuera á dilapidar los bienes de este país... En cuanto á lo mío, lo distribuyo como me conviene: á Feliciano Rodríguez la casa de Olindo, á Uraga, Pradillo y Ormaechea todo lo que sea de caballeriza...

Media noche era por filo cuando dejamos Chapultepec. Tres carruajes escoltados por tres escuadrones de húsares y por la guardia de húngaros rodaron conduciendo al César y á su fortuna. La caminata era lenta: el Emperador iba á vueltas con sus imaginaciones y sin salir del coche — un viejo *coupé* color de castaña, con su antepecho formado de una correa de cuero que le permitía al ocupante poner los brazos en alto y descansar cómodamente.

Sesteamos en Ayotla, que era y no sé si sigue siendo el pueblo más feo de la República. Caía el sol á plomo sobre el viejo mesón, sobre las tapias de adobe derruidas y mohosas y sobre la tierra, matizada aquí y allá por las manchas verduzcas de los magueyes. Unas nubes que pasaban como ejército en fuga de gigantes montados sobre hipógrifos, enturbiaba el azul purísimo del cielo; en un charco cenagoso cantaba la rana su canción monótona y tenaz... De repente vimos una nube de polvo que enviaba sus enormes volutas en dirección del poblacho; luego oímos estrépito de caballos, tintineo de armas y cascabeles de collares; al fin aparecieron paños rojos, cimeras flotantes, negros chacós, caballos llenos de es-

puma, sables, rifles en bandolera y una diligencia roja desde las ruedas hasta la vaca en que á la cuenta venía un personaje de muchísimas campanillas. Paró el coche á la puerta de la casa en que Su Majestad descansaba y no tardó en bajar de él un hombrón hasta de cincuenta años, bien compuesto de miembros, de facciones correctas y con la barba rubia cortada en punta. Estiró los brazos, se sacudió el polvo, ordenó algo á un oficial y quedó esperando un buen rato que el enviado tardó en salir. Habló algo éste al señorón de la barba en punta, contestó el otro de mal talante, volvió á subir al carruaje, y la comitiva se puso en marcha con el mismo aparato que había traído.

Casi en el mismo instante quedaron listos nuestros coches, y en el que yo ocupaba con el ministro Arroyo y con Bilimeck se acomodó un nuevo personaje, que después supe era el capitán de navío Schaffer, á quien acababa de recibir Su Majestad.

— El Emperador se ha mostrado enérgico, dijo el profesor limpiando los espejuelos. ¡Ojalá hubiera tenido siempre igual entereza!

— Ha hecho bien, confirmó Arroyo. A estos bandidos, garrotazo y tente tieso.

— ¿Bandido ese señor? pregunté extrañada.

— Como si lo fuera, respondió Arroyo. El que á bandidos sirve, bandido es también.

— ¿Y éste se encuentra á las órdenes de Magdaleno, de *Pata de Palo* ó de alguno de esos facinerosos?

— De uno peor: de Napoleón III, el mayor pillo del mundo...

Pensaba en la diferencia que había entre el Napoleón redentor de pueblos, autor de la regeneración de México, político y pensador insigne que había oído pintar hacía cuatro años, y el Napoleón émulo de Cartouche y de Mandrín que estaba en México á la orden del día. Arroyo continuó:

— Es el general de brigada Castelnau, ayudante de campo del Emperador de los franceses. Trae, á lo que asegura, plenos poderes de su amo para ver de arreglar los negocios de México, y el mismo Bazaine tendrá que obedecerle... Donde á este buen señor se le ocurra atar corto ó destituir al pícaro mariscal... Ya veremos... Sabiendo que Su Majestad se encontraba aquí, le pidió una audiencia, y Maximiliano, disculpándose con su estado de salud, se rehusó á recibirle.

— Lo cual, interrumpió Schaffer, no le impidió hablar conmigo.

— Cabalmente, eso iba á explicar. El Emperador sufre mucho de esas calenturillas que no le dejan y tenía el acceso en el momento en que le pasaron el recado del representante del perro judío de Napoleón; pero no estaba imposibilitado de hablar ni de tratar negocios. La neta

es que no quiere saber ni una palabra de la gentualla francesa y hace muy santamente. Muerto el perro, se acaba la rabia... Ya era mucha la mano que tenían en nuestras cosas estos bandidos, que no han hecho más que desacreditarnos dándoles la razón á los republicanos... Ya verá el Emperador, cuando los bribones estos se marchen, lo que son la adhesión mexicana, el cariño mexicano, el valor mexicano... Ya verá cómo salen los caudales ocultos, ya verá cómo se le incorporan todos los indecisos, todos los rehacios, todos los más rabiosos juaristas...

Entretanto los coches habían entrado á un terreno algo más culto que el que habíamos hollado antes; muchos perros nos ladraron al paso; distinguimos una hilerera de chozas de peones (la cuadrilla) y en el fondo vimos una casona de hacienda donde debíamos hacer noche.

— Zoquiapan, dijo el cochero señalando con el látigo la construcción cercana.

Luego que me quité algo del polvo que traía en la cara y en las ropas, salí al corredor de la hacienda á desentumir un poco los miembros después de la larga caminata del día. Ya se paseaba allí el Emperador acompañado de un jefe austriaco bigotudo y de porte marcial. Cuando noté que hablaban de algo reservado tomé la vuelta tratando de meterme por la puerta que encontré más cercana; pero el Archiduque, que llegó á verme, me habló á toda prisa: